

RATIO FORMATIONIS ORDINIS FRATRUM MINORUM CAPUCCINORUM

CAPÍTULO II

Las dimensiones formativas en perspectiva Franciscana-capuchina

Dado que la formación tiende a la transformación en Cristo de toda la persona, debe prolongarse a lo largo de toda la vida, tanto en lo que se refiere a los valores humanos como a la vida evangélica y consagrada. Por lo tanto, la formación abarca a toda la persona, en todos los aspectos de su individualidad, tanto en las actitudes como en las intenciones, y comprenderá la dimensión humana, cultural, espiritual, pastoral y profesional, procurando favorecer la integración armónica de los distintos aspectos. (Const. 23, 2)

- Guía de Lectura -

1. Sentido del capítulo II

Integración es la palabra clave para adentrarnos en este capítulo II. Todo proceso de formación debe integrar, de modo equilibrado, las dimensiones que configuran al hombre: la dimensión humana, espiritual, intelectual, profesional, etc. Con libertad y creatividad hay que conjugar estas dimensiones para que nuestros procesos formativos no generen *deformaciones y desequilibrios psico-afectivos*. Todas las dimensiones son igualmente importantes y deben estar presentes.

Las dimensiones no son asépticas, todas ellas están mediadas por los propios valores culturales y carismáticos. El presente capítulo es un intento de lectura de las dimensiones formativas desde los valores carismáticos que conforman nuestra identidad, teniendo como base los principios fundamentales de la antropología franciscana. Solo desde estas coordenadas podemos descubrir la especificidad de nuestra vocación y de nuestra forma de vida.

En el número 4, 2 de nuestras Constituciones se expresa con nitidez y brevedad los cuatro elementos esenciales de nuestra identidad, que son punto de referencia constante a lo largo de este capítulo: *En la fraternidad y en la minoridad reconocemos los rasgos esenciales del carisma que el Espíritu nos ha dado; de ellas adquiere también su propia forma la intrínseca dimensión contemplativa y apostólica de nuestra vocación. Dóciles al mismo Espíritu, esforcémonos por vivir plenamente este ideal evangélico.*

2. Estilo, estructura y metodología

Ayudados del lenguaje *poético* presentamos en el Capítulo I la figura de San Francisco, para que a través de su carácter universal y simbólico, pueda inspirar nuestra forma de vida en las diversas culturas. Por su parte, el capítulo II, de acuerdo a los contenidos de tipo pedagógico que presenta, usa un lenguaje de carácter *exhortativo*, reservando el lenguaje *normativo* solo para el capítulo III.

El texto se divide en 5 partes. La primer de ellas, en estrecha relación con el capítulo I, aborda la dimensión carismática, que garantiza, a su vez, la especificidad franciscana-capuchina de las cuatro dimensiones restantes.

El texto es el resultado de las reflexiones de los miembros del CIF iluminadas por diversos expertos y, también, de las indicaciones que aparecen en el reciente documento de la Congregación para el Clero: *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (8 diciembre 2016).

3. Qué pretendemos

Expresamos una vez más el deseo y la voluntad de que el texto final de nuestra *Ratio Formationis* sea colectivo, dinámico y abierto a las propuestas y sugerencias de los hermanos. La participación de todos es decisiva.

La participación en la revisión de los capítulos II y III se va a centrar prioritaria, pero no exclusivamente, en las casas de formación. Pedimos a formadores y formandos que verifiquen críticamente si las 5 dimensiones aquí expuestas están presentes en la etapa respectiva en la que se encuentran en este momento.

Seguimos insistiendo en uno de los objetivos centrales de nuestra *Ratio*: unidad carismática en la diversidad cultural. A través del estudio y la reflexión compartida de estos capítulos esperamos que surjan propuestas e intuiciones que nos ayuden a captar la riqueza de estas dimensiones, en cada una de las culturas en las que se vive nuestro carisma capuchino.

4. Claves de lectura

- Antropológica:

La antropología franciscana se caracteriza por ser dinámica y positiva, al mismo tiempo que convierte lo **relacional-experiencial** en su categoría interpretativa fundamental.

- Cristológica:

La persona de Jesús nos sitúa siempre frente a una sana tensión entre lo divino y lo humano. El **seguimiento**, como estilo de vida, se presenta como vínculo integrador de todas las dimensiones. Hay que estar atentos para no reducir el seguimiento al academicismo, al moralismo o al individualismo.

- Franciscana:

La categoría del seguimiento, en la cristología franciscana, centra su atención en la contemplación de los misterios de la humanidad de Jesús, especialmente en los acontecimiento de su nacimiento, pasión y muerte. Por otra parte, lo relacional en clave franciscana hace de la **fraternidad** el espacio propio de crecimiento y de integración de las diversas dimensiones.

- Capuchina:

La **sobriedad** es la categoría que mejor define la interpretación capuchina de la realidad, donde la sencillez y la simplicidad se convierten en camino de búsqueda de lo esencial. También pertenece a nuestro carisma la categoría **reforma**, entendida como exigencia existencial de continua actualización y renovación.

Las dimensiones formativas en perspectiva franciscana-capuchina

1. La reforma capuchina se atrevió a interpretar, una vez más, la forma de vida franciscana. El secreto está en volver, siempre de nuevo, al hermano Francisco, *Forma Minorum*, no para repetir sin más sus experiencias, sino para recrear en los nuevos contextos culturales sus genuinas intuiciones. Fidelidad y creatividad son las claves para seguir más de cerca y amar más intensamente a Jesús. Con el *Testamento* de Francisco en la memoria, los capuchinos se proponen recuperar una vida más fraterna y sencilla, en lugares solitarios pero no alejados de la gente, viviendo en estructuras simples que no comprometan la libertad, buscando el silencio que permite escuchar juntos la Palabra del Evangelio y ponerla en práctica al servicio de los más humildes.

2. La formación sigue siendo una prioridad en la Iglesia y en la Orden. La exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis* (1992; nº 43-59), en sintonía con las áreas fundamentales del crecimiento humano, indica las cuatro dimensiones que no deben faltar en un proyecto formativo: humana, espiritual, intelectual y pastoral. Más tarde, otro documento post-sinodal, *Vita Consecrata* (1996; nº 65), añade la dimensión carismática, específica para la formación a la vida religiosa.

3. La dimensión carismática pone de manifiesto la especificidad de la forma de vida de cada familia religiosa, es decir, los valores propios que desde la diversidad enriquecen la constitución propia de la Iglesia. A su vez, los valores carismáticos, de forma dinámica y creativa, dan el talante específico al resto de las dimensiones. Se trata de una tarea siempre por concluir, que garantiza el sentido de nuestra forma de ser y de vivir dentro de la Iglesia. Por otra parte, nuestros valores carismáticos están en estrecha sintonía con los grandes valores humanos del amor, la libertad y la justicia, vividos desde la perspectiva evangélica.

4. La *Bondad* es el hilo carismático que pone en relación todas las dimensiones. La antropología franciscana, caracterizada por ser dinámica y optimista, abre todo el proceso formativo proponiendo un camino (*itinerarium*) en el que el deseo (*desiderium*) profundo y sincero del bien (*bonum*) ocupa el centro del corazón, invitándonos a vaciarnos de todo aquello que impide que se manifieste la bondad original (*paupertas*). Solo la no apropiación garantiza relaciones de *libertad* y *gratuidad* (*gratis*).

5. *El método integrativo* exige que todas las dimensiones, con su respectiva fuerza carismática, estén presentes de modo procesual y progresivo en las distintas etapas del proceso formativo. La formación a la vida consagrada debe tener siempre la prioridad, evitando que la formación intelectual, en vista a los ministerios ordenados, acabe desnaturalizando nuestra forma de vida carismática y convirtiendo las fraternidades formativas en seminarios diocesanos.

I. Dimensión carismática. El don de ser hermano menor

Y devolvamos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo, y reconozcamos que todos los bienes son de él, y démosle gracias por todos a él, de quien proceden todos los bienes (RnB, 17, 17)

I.I. Nuestro carisma como don

6. La gratuidad es el corazón de lo franciscano. Todo lo hemos recibido gratuitamente para que, a su vez, gratuitamente lo entreguemos. El proceso formativo nos ayuda a reconocer agradecidos y a acoger con responsabilidad el don precioso de la propia vida y de la propia vocación. Los dones no son para nuestro propio beneficio, sino para los otros. La consagración exige donarse al estilo de Jesús, que entregó su vida libre y generosamente por el Bien de la humanidad. La fraternidad es el lugar primero de nuestra entrega, donde también nos hacemos responsables de los dones diversos de los hermanos.

7. La primacía del Bien ocupa el centro de la visión franciscana de la vida. Nuestro mundo, a los ojos de Dios, es bueno. Este optimismo antropológico y creacional, lejos de alimentar una posición ingenua frente a las sombras y dolores que el ser humano origina y padece, nos inserta de forma más plena en las entrañas de cuanto sucede, y nos invita a rescatar el bien que, sepultado por la injusticia, es propio de cada criatura y, en especial, del hombre. Nuestra vocación de hermanos se realiza difundiendo y consolidando el Bien.

8. Desear ser y vivir como Jesús en una fraternidad, en medio de nuestro mundo, en simplicidad y alegría, es el mayor Don recibido. Fraternidad y minoridad son nuestras señas de identidad: ser hermano de todos sin excluir a nadie, acoger de modo preferencial a los menores de nuestra sociedad; ser libre frente a cualquier tentación de poder; ser rico en afectos y sentimientos; vivir una sana tensión entre contemplación (lugar donde se fragua el deseo del Bien) y misión (lugar donde se comparten solidaria y gratuitamente los bienes recibidos). Nuestra forma de vida capuchina es un regalo de Dios a la Iglesia y a la sociedad.

I.II. La fraternidad

9. Dios muestra su identidad en su modo de relación. El Bien se comunica a través del amor libre y gratuito entre las personas divinas. El Creador no se apropia nada para sí mismo, al contrario, desea compartirlo con nosotros. El Padre, fuente de todo bien, nos ofrece en el Hijo un modelo y un proyecto de humanidad, y en el Espíritu Santo su fuerza y su creatividad para realizarlo. Cuando nos construimos en relación con los otros, y para los otros, estamos construyendo nuestra identidad a Imagen y Semejanza de la Trinidad, compartiendo la bondad recibida y estableciendo entre nosotros relaciones fundamentadas en el amor, la libertad y la justicia.

10. Sin relaciones no hay fraternidad. Precisamente, nuestra primera tarea y vocación es convertirnos en hermanos menores, al estilo de Jesús, que no se apropió su condición de Hijo, sino que se hizo hermano de todos sin excluir a

nadie. Las relaciones fraternas nos ofrecen un espacio de crecimiento humano y espiritual, en el que aprendemos a vivir, contemplar, estudiar, reflexionar, discernir y decidir todos juntos en fraternidad.

I.III. La minoridad

11. Jesús nos presenta un Dios que ama hacerse pequeño y revelarse a los humildes y sencillos. Es en la cruz, misterio de revelación de la pequeñez de Dios, donde el amor se hace verdadero en el vaciamiento total y en la entrega incondicional. Este es el fundamento de la minoridad. Se trata de algo cualitativo, no cuantitativo, que, a su vez, configura nuestros modos de desear, desenmascarando la tentación de ser y hacer cosas grandes. Francisco descubre en los pobres y crucificados el arte de construir relaciones de gratuidad, y una manera nueva de mirar el mundo centrada en lo fundamental. En esta misma dirección la reforma capuchina acierta a conjugar de modo singular la sobriedad con la búsqueda de lo esencial.

12. Lo esencial tiene siempre que ver con las relaciones. La acogida, el diálogo y la aceptación de la diversidad son imprescindibles para poder construir relaciones transparentes e inclusivas en nuestras fraternidades. Minoridad es también apertura mental y flexibilidad frente a cualquier ideología cultural o religiosa que amenaza nuestra identidad carismática, impidiendo el testimonio de la vida fraterna y la colaboración a diversos niveles entre nosotros.

I.IV. La contemplación

13. La mirada contemplativa de Dios se posa sobre los pobres de corazón, los afligidos, los desposeídos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz y los perseguidos por causa del bien (Mt 5, 3-10). Contemplar es desear tener la mirada de Dios, viendo lo que otros no se atreven a mirar. Quien escucha la voz de Dios, prepara el oído para escuchar los lamentos de los pobres. La reforma capuchina nace con el deseo profundo de volver a los eremitorios y a los lugares apartados que favorecen el encuentro con Jesús pobre y crucificado, donde el silencio se transforma en servicio y consuelo a los apestados, y la contemplación se hace compasión.

14. Contemplar juntos significa compartir espacios y tiempos afectivos para agradecer juntos los dones recibidos. La oración es alabanza agradecida que nace de la contemplación, cuando descubrimos la bondad de Dios que nos habita. La praxis de la contemplación purifica y transforma nuestras imágenes de Dios hasta llegar al Dios de la gratuidad, quien a su vez fundamenta la gratuidad con la que construimos nuestras relaciones fraternas. Sin contemplación no hay fraternidad.

I.V. La misión

15. *Gratis lo recibisteis, dadlo gratis* (Mt 10, 8). Una auténtica fraternidad menor y contemplativa se hace sensible a las necesidades y a los sufrimientos de los demás y se abre a la búsqueda de nuevos caminos de justicia, de paz y de cuidado de la

creación. Nuestra misión es descubrir todo el bien que hay a nuestro alrededor para cuidarlo, ayudarlo a crecer, y compartirlo prioritariamente con aquellos que injustamente están privados de los bienes comunes de la tierra destinados a todos.

16. Ha pasado el tiempo de los proyectos pastorales individuales. No nos formamos para ser héroes, sino hermanos, para testimoniar desde nuestro mundo relacional la belleza del Evangelio. La vida fraterna es el primer servicio evangelizador, por eso, todo aquello que hacemos es expresión de toda la fraternidad. Como capuchinos seguimos siendo enviados allá donde nadie quiere ir, para entregarnos juntos y construir espacios de fraternidad en zonas de conflicto y de frontera: espacios privilegiados para vivir el don de la gratuidad.

I.VI. La reforma

17. La reforma capuchina no es solo un hecho histórico del pasado, es una actitud de vida que forma parte de nuestra identidad carismática. El deseo de renovarse continuamente invita a mirar hacia delante, evitando las nostalgias del pasado, y asumiendo los riegos que conlleva caminar hacia un futuro no escrito. Frente a los profundos cambios sociales, la respuesta cristiana no es el miedo que nos encierra en la falsa e ilusoria seguridad del tradicionalismo, al contrario: tan solo la fe y la confianza nos pueden ayudar a intuir el camino. Levantarse y caminar, y volver a empezar, con el Evangelio y las intuiciones de Francisco y Clara en el corazón. Siempre juntos.

II. Dimensión humana. *Aprender a ser hermano de todos*

Lo que el hombre es ante Dios, eso es y no más (Adm. XIX)

18. Los rápidos cambios culturales están transformando no solo lo que hacemos, también lo que somos. Internet y las redes sociales han roto los límites tradicionales del tiempo y del espacio, abriendo nuevos modos de comprender el mundo y las relaciones humanas. La antropología franciscana actual subraya el carácter dinámico de todo lo creado. En su dinamismo, cada criatura está llamada a adquirir su plenitud. La identidad se fragua y se expresa en el acto de estar viviendo. De ahí nacen las preguntas sobre quién quiero ser, cómo quiero vivir y cuáles quiero que sean mis valores. Depende de nosotros cómo integrarnos en este mundo, y cómo participar en el diseño de la sociedad actual, de la cultura y de la Iglesia. Dios nos crea capaces y responsables de construir nuestra propia identidad personal e institucional.

II.I. Antropología positiva. El hombre *Imago Dei*

19. *Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra... Y vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien.* (Gn 1,26.31). Lejos de cualquier tipo de pesimismo antropológico, el pensamiento franciscano intuye con entusiasmo la bondad de cada ser. Hablamos de la *gracia original*, es decir, de la bondad que Dios ha puesto en cada uno de nosotros, de la capacidad para reconocer en Dios la

fuerza de todo Bien y, como consecuencia, el bien que Él obra a través de todas y cada una de sus criaturas.

20. Dios, Sumo Bien, a través del misterio de la encarnación nos ha hecho partícipes de su bondad, proponiéndonos a su Hijo Jesús como modelo antropológico de referencia y fuente de plenitud: su libertad, su modo de amar y su compromiso con la justicia son para nosotros caminos de crecimiento humano y espiritual. Nuestra formación, a través de un proceso de acompañamiento personalizado, ofrece las herramientas necesarias para convertirnos en verdaderos hombres libres, maduros afectivamente y compasivos.

21. Llegamos a ser verdaderamente adultos cuando conocemos las motivaciones que mueven nuestra vida y actuamos conforme a ellas. Dentro de la vida religiosa, el camino de maduración y de purificación de las motivaciones exige el conocimiento de uno mismo, la aceptación de la propia realidad psico-social y la capacidad para la donación gratuita. También Jesús, de forma dinámica y libre, construyó su propia identidad, haciendo coincidir sus opciones fundamentales con el plan de Dios Padre sobre él. Se trata de tener los mismos sentimientos de Jesús e interiorizar sus valores. Asimilación y transformación son el resultado final del proceso formativo.

II II. Las dimensiones existenciales de la persona humana: *soledad y relación*

22. Quien no sabe estar solo no sabe vivir con los otros, y viceversa; porque ni la soledad ni la fraternidad son refugios para quien tiene dificultades en el encuentro consigo mismo o con los demás. La incapacidad para gestionar los espacios de soledad y de silencio suele ser fuente de conflictos, generalmente, de tipo afectivo. El silencio interior y la soledad contemplativa hacen posible el encuentro con uno mismo y estimulan la capacidad de reflexión crítica, condición necesaria para el diálogo y la comunicación con los hermanos.

23. Soledad *última* y relación constituyen el fundamento de la antropología franciscana. Nuestro estilo de vida refleja nuestro modo de ser y de situarnos en el mundo. Las relaciones fraternas nos hacen más humanos y, al mismo tiempo, nos protegen del individualismo y de la autosuficiencia. Solo quien es libre es capaz de crear espacios de interdependencia: sin libertad no hay dignidad humana ni relaciones afectivas sanas. Querer ser y construir un mundo afectivo como el de Jesús, estableciendo relaciones de libertad y gratuidad, exige conocer las propias capacidades, a fin de poder gestionar mejor los sentimientos, emociones y deseos, y orientar toda nuestra vida hacia el Bien.

24. La libertad nos libera de todo aquello que obstaculiza la presencia del bien, y nos hace capaces de amar otra cosa distinta a nosotros mismos: se trata de la apertura a los otros. En la vida fraterna cada uno busca prioritariamente el bien del otro, ya que las relaciones se nutren del Bien que Dios hace por medio de cada hermano. La conciencia crítica posibilita el discernimiento entre el bien y el mal, porque negarse a pensar y a asumir la responsabilidad de los propios actos genera, en no pocas ocasiones, el crecimiento del mal. El bien verdadero siempre es compartido y se reconoce por su carácter inclusivo. Llegamos a hacer el bien

cuando practicamos la misericordia y la compasión; por el contrario, el mal siempre alimenta la insensibilidad y el indicativo de su presencia es la falta de solidaridad. Siempre, el peor mal es la indiferencia.

25. Los procesos de formación a nuestra vida deben prestar mayor atención a la dimensión psico-afectiva y sexual. Se trata de una realidad rica y compleja que impregna la vida entera y exige un acercamiento múltiple, que tiene en cuenta los avances de las ciencias sociales y humanas, especialmente los de la neurociencia. La identidad franciscana subraya algunos elementos que, interpretados desde los distintos contextos culturales, nos ayudan a orientar nuestra identidad sexual en una determinada dirección: el silencio contemplativo, las relaciones fraternas, el encuentro con los pobres, el trabajo manual que pone en contacto nuestro cuerpo con la tierra, la pasión por el Reino, el compromiso con la justicia... son espacios potenciales de sana gratificación, necesarios para poder integrar positivamente toda nuestra energía psico-sexual. El cultivo de una amistad verdadera nos ayuda a amar y a dejarnos amar con libertad.

26. Una vida sin pasión y sin riesgo es una vida triste y aburrida. Tradicionalmente el *eros* se traduce en pasión y creatividad, mientras que el *ágape* expresa mejor la gratuidad en las relaciones. El *ágape* libera al *eros* del deseo de posesión y de poder, que convierte a las personas en meros objetos de placer en orden a satisfacer las propias necesidades. Por su parte, el *eros* integrado y canalizado, nunca anulado o reprimido, permite al *ágape* desear con pasión: buscar a Dios, ser como Jesús, disfrutar de las relaciones humanas y de la amistad.

II.III. Cada ser humano es una criatura única e irreplicable

27. La tradición franciscana redescubre el valor del individuo concreto. Dios nos ha creado únicos e irreplicables con dones y talentos diversos. Cada hermano es una obra de arte individual que, desde el ejercicio de la responsabilidad personal, debe descubrir sus propias capacidades y el modo creativo de aportarlas al mundo.

28. Francisco se presenta como el *Homo nudus*. La desnudez es la imagen de la creaturalidad. Ser criatura significa aceptar ser pobre para poder ser rico de sentimientos y experiencias. Esto exige despojarse de los propios miedos e inseguridades e integrar, de forma armónica, las limitaciones propias de nuestra condición humana. Solo pobres y desnudos, como Jesús en la cruz y Francisco en la hora de su muerte, se experimenta la libertad verdadera.

29. *Lado seas mi Señor por la hermana muerte corporal*. La muerte es propia de la condición humana. Quien es capaz de imaginar la propia muerte y relacionarse con ella como con una hermana es capaz de dar sentido y significado a la propia vida. En la muerte todo se hace experiencia cumplida. Francisco recibió la muerte cantando (*mortem cantando suscepit*, escribe Celano). No se trata de una alegría separada del dolor, por el contrario, es el momento en el que todo lo vivido, lo sufrido y amado no se pierde sino que se hace transparente. Al final nada es olvidado, todo es acogido. La vida es un regalo, y la muerte forma parte de este inmenso don. Podríamos llamarlo, incluso, el último regalo de Dios, porque solo la experiencia de la muerte nos despierta del sueño de omnipotencia y nos devuelve

a la realidad creatural, a la vida rica y llena de experiencias de quien se ha vaciado para llenarse, definitivamente, de amor y libertad.

III. Dimensión espiritual. *Aprender a desear*

Bienaventurado el que no encuentra placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor (Adm. XX)

30. El ser humano es constitutivamente religioso. La dimensión espiritual abre y completa la formación de todo ser humano. Admiración, sorpresa y estupor son puertas que nos invitan al camino de búsqueda de sentido de la propia vida individual y colectiva. Precisamente, el Dios cristiano, a través de su Palabra, sale al encuentro de todo aquel que le busca. Esta Palabra tiene un rostro concreto: Jesús de Nazaret, en quien se muestran los verdaderos rostros de Dios y del hombre. Su seguimiento disipa todos los miedos que nos impiden vivir.

31. La necesidad ansiosa de satisfacer inmediatamente los deseos termina por anularlos. Desear es un arte que exige una actitud permanente de purificación de las motivaciones más hondas. De lo superficial llegamos a lo esencial, y allí encontramos los verdaderos deseos que entretejen el sentido de la existencia. Jesús ocupa el centro de nuestros deseos: ser hermano menor consiste en tener sus mismos sentimientos y criterios, su estilo relacional, su manera de entender y de vivir la vida, su capacidad para orientar, siempre y en todo momento, todos los deseos hacia el Bien.

III. I. Francisco, *Homo totus evangelicus*. Espiritualidad de la escucha

32. Francisco, *exégesis viva de la Palabra de Dios*, no fue nunca oyente sordo del Evangelio. Se propuso seguir más de cerca a Jesús y estableció, a través de las Palabras del Evangelio, una relación personal con Él que impregnaba todas las dimensiones existenciales. También hoy, Jesús continúa hablándonos por medio del Evangelio e invitándonos a una relación personal y afectiva, que va más allá de un acercamiento intelectual, o meramente informativo, de sus palabras.

33. La base y fundamento de nuestro carisma es la escucha y la práctica del Evangelio, que se convierte para todos los hermanos menores en el *humus* de nuestra formación: *La regla y vida de los Hermanos Menores es vivir según la forma del Santo Evangelio* (RB 1). Francisco se presenta como modelo de vida espiritual (*forma minorum*), ayudándonos a superar, por una parte, el fundamentalismo y, por otra, el sentimentalismo devocional, colocando en el centro la dimensión relacional: el encuentro personal con Jesús vivo y presente en su Palabra. Sin este encuentro no hay experiencia de vida.

34. En sus Admoniciones, Francisco recuerda que frente a la Escritura hay dos actitudes: la de aquellos que *únicamente desean saber las palabras e interpretarlas para los otros, y la de aquellos que no se apropian de la letra sino que la devuelven al Altísimo Señor Dios, de quien es todo Bien* (Adm VII). Apropiarse de la Palabra y contentarnos con el mero análisis y conocimiento académico nos impide crecer y abrirnos al aspecto relacional; por el contrario, la dinámica de la restitución —dar

y recibir— nos ayuda a crecer y a transformar la propia vida y la de nuestras fraternidades.

35. La Palabra de Dios ha sido entregada al Pueblo de Dios: la Iglesia. Hay que insistir en la centralidad del criterio eclesial: es la comunidad cristiana, y no la persona individual, el lugar original y primero en el que la Palabra se *escucha*, se *interpreta* y se *discierne*. Para nosotros, la comunidad cristiana es la fraternidad. La comunión fraterna entre aquellos que comparten el sueño del Evangelio es el espacio de discernimiento que más favorece el crecimiento humano y espiritual, ayudando a cada hermano, en las distintas etapas de la vida, a establecer un diálogo entre el mundo que nos rodea y el propio mundo interior, a través de una dinámica de personalización que evite todo subjetivismo.

III. II. El seguimiento de Jesús, camino de belleza y libertad

36. La vida religiosa, como toda vocación cristiana, nace de la escucha de la Palabra. La radicalidad evangélica consiste en hacer del Evangelio la propia forma de vida. Solo el amor, la belleza y la bondad explican el misterio de nuestra vocación. Vivir en el seguimiento de Cristo, pobre, obediente y casto es el camino que conforma los núcleos vitales en los que se expresan nuestra identidad y pertenencia.

37. El espíritu de las bienaventuranzas (Mt 5,3-12) es el marco natural de interpretación simbólica de nuestra consagración: felices aquellos que desean y sueñan con tener un corazón pobre (pobreza), humilde (obediencia) y limpio (castidad), porque la gracia del Espíritu Santo hará de la obediencia fuente de libertad y autenticidad, de la pobreza fuente de justicia y solidaridad que se dona y se comparte, y de la castidad fuente de una vida fecunda, rica de relaciones afectivas y de sentimientos de ternura.

38. La vivencia franciscana de los votos religiosos invita a superar el reduccionismo materialista de la pobreza y la tentación de la indiferencia, abriendo caminos de búsqueda de lo esencial e impidiendo que las cosas materiales creen obstáculos en nuestras relaciones fraternas; nos protege, de igual modo, del reduccionismo psicológico de la obediencia y de la tentación del individualismo, creando espacios fraternos de interdependencia; y, finalmente, nos alerta contra el reduccionismo biológico de la castidad y la tentación de la tristeza de corazón, proponiendo una vida afectiva abierta, capaz de integrar la soledad y haciéndonos cercanos a los pobres y a los que sufren.

III. III. La contemplación que invita al seguimiento

39. Los procesos formativos que no favorecen el silencio y la interioridad corren el riesgo de apuntalar una espiritualidad superficial y devocional. El silencio, lejos de alejarnos de las dificultades de la gente, nos permite escuchar los gritos y lamentos de nuestro mundo y ser sensibles con quienes los emiten. Sin un tiempo para la profundidad y sin silencio no hay ni oración ni contemplación. Quien inicia el camino de formación a nuestra vida debe estar abierto y ser capaz de ir

abandonando aquellas imágenes previas de Dios que impiden una verdadera actitud de búsqueda y de escucha.

40. La rica tradición capuchina nos ha transmitido diversos métodos de oración mental y afectiva. Uno de ellos, muy en sintonía con la narrativa bíblica, nos propone hacer una lectura creyente y, después de un análisis de las actitudes de los distintos personajes del texto bíblico, identificarnos con uno de ellos, evitando ser meros espectadores para convertirnos en actores y protagonistas habitados por la Palabra.

41. La contemplación franciscana tiene unas características propias. Contemplamos en fraternidad a Cristo pobre y desnudo, que se identifica con los pobres y los que sufren. Contemplar, en este caso, significa dejarse contemplar; mirar, dejarse mirar; amar, dejarse amar, renunciando a cualquier intento de apropiación o dominio de lo contemplado. Todo nuestro esfuerzo debe consistir en no hacer nada. Él es el protagonista, no nosotros. Será el Amor quien irá, poco a poco, transformándonos en lo que contemplamos, e introduciéndonos en la pedagogía del don, donde todo lo recibido es, a su vez, restituido. Los frutos de la contemplación son para ser entregados, sin olvidar que el fin último de todo acto contemplativo, en perspectiva franciscana, es siempre la compasión.

III. IV. Vida sacramental, devociones y santidad

42. Los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación ocupan un puesto fundamental en nuestra vida cotidiana. En la Eucaristía, misterio de amor y justicia, Jesús continúa haciéndose *Pan de Vida* que se entrega gratuitamente para alimentar el deseo de transformarnos nosotros también en pan que se entrega a los demás. Al mismo tiempo, conscientes de la fragilidad de las relaciones humanas, y de la tendencia a la apropiación, el sacramento de la Reconciliación nos ayuda a superar cualquier tentación de pesimismo y a poner toda nuestra confianza en la fuerza transformadora del amor. Para no caer en el devocionalismo, evitemos la celebración individual de los sacramentos.

43. A través de la Liturgia de las Horas, además de unirnos a la oración universal de la Iglesia, de algún modo nos unimos a las alegrías y sufrimientos de nuestro mundo. Los salmos recogen, en una sola voz, las voces de todos los hombres: las experiencias, los sentimientos y las emociones humanas, que van desde el gozo y la alabanza hasta el grito de lamento, sostenido siempre por la esperanza. Nada de lo humano nos es ajeno. La sensibilidad y creatividad litúrgica de San Francisco y la sobriedad en las celebraciones litúrgicas de los primeros capuchinos deben ser siempre fuente de inspiración y renovación.

44. Santa María, *Hija* del Padre, *Madre* del Hijo y *Esposa* del Espíritu Santo, es forma de la Iglesia y modelo de todo discípulo, porque ha creído y ha puesto en práctica las enseñanzas del único Maestro. Junto a ella, la sabiduría espiritual de Clara y Francisco son referencias fecundas en nuestro continuo caminar hacia Cristo.

45. También hoy, el fin último de nuestra vida es hacernos santos. La propuesta de ser *capuchino, misionero* y santo ha dado a la Iglesia y a la Orden numerosos frutos de santidad; sin embargo, la sensibilidad actual nos invita a superar el modelo de santidad heroica individual y a prestar mayor atención a la vida fraterna como fuente de santidad: comunidades santas comprometidas en el seguimiento de Jesús y en la creación de proyectos de vida fecundos y dignos.

IV. DIMENSION INTELECTUAL. *Aprender a pensar con el corazón*

Donde hay caridad y sabiduría, allí no hay temor ni ignorancia (Adm. XXVII).

46. La *identidad débil* es una de las características de nuestra cultura. Sin identidad nos desvanecemos existencialmente. Las distintas etapas de formación deben ayudarnos a construir una estructura mental (*forma mentis*) que alimente y sostenga los distintos modos de dar significado a la realidad (*forma vitae*): quien no vive como piensa acaba pensando como vive. Precisamente, el pensamiento franciscano presenta una forma peculiar de contemplar y vivir la profundidad inagotable y variada del misterio de la realidad. Su punto de partida es la reflexión filosófica y teológica de las experiencias vitales de San Francisco.

47. La dimensión intelectual franciscana no se reduce al estudio, al contrario, integra de modo dinámico el resto de las dimensiones de la vida, en una visión del pensamiento franciscano en la que la inteligencia dirige a la voluntad hacia el amor, dando prioridad a la vía afectiva en el conocimiento de la realidad: solo se conoce bien aquello que se ama.

IV.I. Aprender a aprender

48. La capacidad relacional, la apertura mental, la tolerancia y la flexibilidad son elementos imprescindibles de la personalidad de aquel que elige la vida fraterna como espacio de crecimiento humano y espiritual. La sabiduría de la vida nos invita a integrar las propias capacidades y límites, incluso a descubrir que los errores forman parte del camino del aprendizaje. Con humildad, reconocemos las capacidades que Dios nos ha concedido para el servicio de la fraternidad. Los dones que Dios ha puesto en nuestras vidas son un regalo y una responsabilidad. La vida en fraternidad exige proteger los dones de los hermanos, aceptando la riqueza que supone el ser distintos y dejando atrás el miedo: *tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.* (Mt 25, 25). Dios nos pedirá cuentas de cuanto se nos ha dado.

49. La cultura actual está llena de retos antropológicos que exigen a nuestra formación una gran sensibilidad para acercarnos al misterio humano, de forma exigente, crítica y, a la vez, humilde. Estamos llamados a ser *expertos en humanidad*, sabiendo leer e interpretar las expectativas y miedos de nuestros contemporáneos, entendiendo sus motivaciones, discerniendo sus dudas, acompañando el sufrimiento, ofreciendo, desde la propuesta y el diálogo, la sabiduría del misterio cristiano como sentido existencial.

50. El modo de mirar el mundo no puede estar desconectado de la vida afectiva. Dios lo ha puesto en nuestras manos confiando en nuestra responsabilidad y creatividad: fuera del mundo, de la realidad concreta en que nos insertamos, no hay salvación. La contemplación se convierte en una fuente de conocimiento que aporta ternura y esperanza: solo el amor puede curar las heridas del mundo, al mismo tiempo que nos hace conscientes de sus desajustes. El hombre, y no lo que el hombre produce, debe ocupar el centro, creando una cultura de la fraternidad real en la que se reconozca y valore la necesidad que tenemos unos de otros y, al mismo tiempo, se afiance la confianza en la bondad del ser humano y en su capacidad para practicar la compasión.

III. II. Intuición, experiencia, afectividad, relación

51. La tradición franciscana trata de superar el dualismo entre vida y estudio. El misterio trinitario ilumina las facultades humanas, ampliando la visión antropológica. Así, en la **memoria**, ligada a la persona del **Padre**, reside la *imaginación* y la *creatividad*; en la **inteligencia**, vinculada al **Hijo**, descansa la capacidad de razonar y la búsqueda de sentido; y, por último, en la **voluntad**, asociada a la persona del **Espíritu Santo**, reside la capacidad de desear, que se expresa siempre a través del amor.

52. La inteligencia humana integra dinámica y progresivamente los conocimientos, las habilidades y las aptitudes que, de modo intuitivo, dan sentido a la propia vida y orientan la voluntad para que el deseo encuentre lo verdadero, lo bello y lo justo. El saber se hace sabiduría gracias a los sentidos que nos introducen en el mundo de la experiencia y de los afectos: la verdad solo se manifiesta en el amor. Vivir es hacer experiencia de la vida, construirnos, realizarnos, dar lo mejor de nosotros. No estamos en la existencia para llenarnos de conocimientos y hacer muchas cosas. Valemos lo que somos, no lo que sabemos o hacemos.

53. Para la tradición franciscana, el ser humano no es solo un animal racional, es también una creatura del deseo, siempre en correspondencia con el Dios del deseo. Pensar y desear correctamente, en modo franciscano, es también objeto de formación, es decir: se trata de saber *qué* es lo que se quiere y *cómo* se quiere. El ejercicio de purificación de las motivaciones de la propia voluntad debe propiciar estilos de vida coherentes con las relaciones fraternas, las prácticas pastorales, la visión del mundo, de la economía y de la política y, todo esto, ha de irse incorporando a la propia vida, de modo gradual, en cada etapa de la formación.

III. III. Trasformar juntos el mundo desde nuestra pobreza

54. La fuerza transformadora de la reflexión no puede reducirse al ámbito del pensamiento individual e intimista. Es la fraternidad la que siente, piensa, contempla, se compromete y actúa. Desde los programas de formación académica hay que insistir en la necesidad de una metodología que favorezca dinámicas de grupo que nos ayuden a pensar juntos, superando la competitividad, la autosuficiencia, el narcisismo intelectual y, al mismo tiempo, nos ayude a crear un pensamiento comunitario y a establecer un diálogo interdisciplinar entre los

diversos conocimientos. Se trata de pensar y actuar juntos, porque el conocimiento no es solo inteligencia, sino experiencia y vida, y la vida consiste en relaciones.

55. Antes de enseñar hay que tener la humildad de aprender. Los pobres, vicarios de Cristo, se convierten en fuente de conocimiento y sabiduría para Francisco. Ellos son nuestros maestros. Las periferias geográficas y existenciales constituyen lugares preferenciales para hacer real el encuentro entre el estudio y la vida. La valentía, la pasión y la creatividad, con ayuda de la inteligencia y la razón, se comprometen con la justicia, la solidaridad y la igualdad. El reto más grande del mundo contemporáneo es que ningún ser humano se sienta excluido. Saber sirve para servir.

56. La formación intelectual toma como punto de partida el propio contexto cultural: familia, escuela, religiosidad, ritos, relaciones, lengua, modos de comprender y expresar la realidad, etc. En consecuencia, la primera exigencia es conocer y amar la propia cultura, no absolutizarla y no perder la capacidad crítica frente a sus límites. Por otra parte, la formación a la interculturalidad se hace cada vez más exigente: acoger lo diverso, saber estar en relación con el otro, desarrollar la capacidad afectiva para el diálogo. La tarea de interpretar el pensamiento franciscano en las diversas culturas sigue pendiente.

57. San Buenaventura, en el *Itinerarium*, indica las actitudes que debe tener quien afronta la práctica del estudio y la reflexión desde la perspectiva franciscana: *No basta la lección sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la circunspección sin la exultación, la industria sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada.* Estas palabras están en perfecta sintonía con la recomendación que San Francisco hace a San Antonio y que sigue siendo válida hoy: *Me agrada que enseñes la sagrada teología a los hermanos, a condición de que, por razón de este estudio, no apagues el espíritu de oración y devoción, como se contiene en la Regla.*

V. DIMENSION MISIONERA-PASTORAL. *Aprender a anunciar y a construir la fraternidad*

No promuevan disputas y controversias, sino que se sometan a toda criatura por Dios y confiesen que son cristianos (RnB, 23)

58. *Vivir como hermanos menores los unos para los otros es el elemento primordial para la vocación franciscana (Const. 24,7), que a su vez se convierte en el primer elemento de la evangelización. La fraternidad y la misión son nuestra razón de ser, y no es la eficacia pastoral sino la calidad de nuestras relaciones lo que nos define carismáticamente y nos hace testigos auténticos del Evangelio.*

V.I. La misión del Hijo: hacerse nuestro hermano

59. En Jesús, la Trinidad se manifiesta como misterio de amor y comunión. Dios ha querido, libre y gratuitamente, compartir su intimidad con cada uno de nosotros.

Nos ha elegido y predestinado para ser miembros de su familia. Precisamente en esto consiste la misión del Hijo: en hacerse nuestro hermano para que nosotros lleguemos a ser hijos y aprendamos a ser hermanos.

60. El sacramento del bautismo nos convierte en discípulos y misioneros. Compartimos espacios privilegiados de intimidad con el Maestro cuando escuchamos su Palabra, compartimos el pan de la Eucaristía y lo contemplamos en el rostro de los pobres. De esta intimidad nace el deseo de la Misión: construir juntos el Reino de los cielos aquí en la tierra. Sin fraternidad y sin contemplación, no hay misión.

V. II. Nuestra vocación eclesial

61. La misión es la razón de ser de la Iglesia: si existe es para evangelizar. El mismo Jesús, lavando los pies a los discípulos, deja claro el sentido y la misión de toda comunidad eclesial: amar, lavar y curar las heridas de nuestro mundo. Desde su vocación de servicio está llamada a encarnarse también en las periferias existenciales, creando espacios de humanidad, trabajando por el bien común y la construcción de la paz.

62. San Francisco, *Vir Catholicus*, somete su proyecto de vida al discernimiento de la Iglesia, que a través de su magisterio nos ayuda a comprender la belleza y las exigencias de la vida evangélica. La Iglesia reconoce que su proyecto no es un sueño imposible: vivir como verdaderos hermanos en medio de un mundo enemistado y dividido es el modo más fiel y más hermoso de anunciar a Jesús y su Evangelio.

63. La fuerza carismática de nuestra vocación capuchina, comprometida con la misión de la Iglesia, nos hace expertos en comunión a través del testimonio de las relaciones que entretejen la vida fraterna. Nunca solos, siempre en fraternidad. Ninguna actividad se realiza a título personal. Somos enviados por la fraternidad, y nuestra misión tiene sentido solo si nos mantenemos en comunión. El aspecto comunitario de la actividad pastoral es el mejor antídoto contra el activismo y el individualismo, protegiéndonos, a su vez, de la tentación del narcisismo apostólico, de muchas patologías afectivas o del uso inapropiado del dinero.

V. III. Formados para la Misión

64. La misión ocupa un puesto central en la historia de la Orden. Todas las etapas de formación han de tener en su horizonte la misión. Un proceso iniciático, continuo y coherente, debe ayudarnos a encarnar nuestros valores carismáticos y a superar cualquier tipo de dificultad cultural.

65. Los proyectos formativos de las distintas circunscripciones han de favorecer la mentalidad pastoral a través de itinerarios diversificados que tengan en cuenta los dones y carismas propios de cada hermano. Todos los hermanos han de tener los mismos derechos y las mismas oportunidades de formación. Por otra parte, hay que buscar un equilibrio entre contenidos y experiencias, de tal modo que se

garantice una formación integral. Todas las experiencias pastorales deben ser acompañadas y evaluadas puntualmente.

66. Al finalizar el proceso de formación inicial los hermanos deben tener un conocimiento suficiente del mundo actual en su realidad local y en su dimensión universal, y haber adquirido las herramientas necesarias para hacer un discernimiento pastoral en los distintos ambientes socio-culturales. Un hermano menor se distingue por su cercanía y solidaridad con los pobres, los enfermos y los inmigrantes; por su aprecio y respeto a las diversas culturas, grupos étnicos, lenguas o religiones; por su compromiso con la justicia social, los desafíos de la construcción de la paz, y las políticas que favorecen el cuidado ecológico del planeta.

67. Nuestro mundo es cada vez más multiétnico y multicultural. Es urgente aprender a situarnos en esta nueva realidad cambiante. Forma parte de nuestra misión la creación de espacios de escucha y de diálogo que hagan posible el encuentro entre fe y razón, entre creyentes y no creyentes, entre las distintas confesiones cristianas y entre las distintas religiones. Para ello se necesita apertura y flexibilidad, evitando todo tipo de fundamentalismo y de actitudes que impiden experimentar la parte de verdad en el amor que reside en los otros.

68. Dentro de nuestro mundo, los modos de comunicación y relación están en continuo proceso de transformación y cambio. Los proyectos de formación deben prestar especial atención al modo de integrar el pensamiento y la acción en los nuevos lenguajes digitales, con mentalidad inteligente, crítica y creativa. Los Mass Media tocan puntos centrales de nuestro mundo cognitivo y afectivo, y nos ayudan a compartir experiencias, conocimiento, trabajo y entretenimiento. Sin embargo, un uso correcto, según criterios evangélicos, nos exige estar atentos a las dependencias, al empleo del tiempo, al impacto en las relaciones fraternas, al trabajo pastoral e intelectual, etc. Debemos formarnos para participar activamente, y con criterios claros, en la nueva cultura digital.

69. Nuestra vida está llamada a ser símbolo escatológico; a sostener la esperanza de tantos hombres y mujeres. Nuestra fraternidad es anticipo de un Reino en el que ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor (Ap 21,4). Somos misioneros cuando anunciamos con el testimonio de nuestra vida fraterna el Evangelio del encuentro y la alegría del servicio; cuando humanizamos la tierra creando lazos de fraternidad; cuando con gratitud y admiración contemplamos la belleza de la creación, cuando reconocemos el bien que Dios sigue realizando en todo viviente; cuando, unidos al canto de María, primera misionera, proclamamos las grandezas que Dios sigue haciendo en cada uno de nosotros.